

**TRADICION Y
MODERNIDAD:
EL INTELLECTUAL
PUERTORRIQUEÑO
ANTE LA DECADA
DEL TREINTA**

María Elena Rodríguez Castro

MARIA ELENA RODRIGUEZ CASTRO, candidata al Ph.D. por la Universidad de Princeton, es profesora en el Departamento de Lenguas y Literatura Comparada, Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

A Arcadio Díaz Quiñones

A mediados de la década del treinta y coincidiendo con un período de agudos conflictos sociales y políticos un sector del campo intelectual puertorriqueño¹ se apresta a fabular en sus textos una ideología cultural que no coincidiría necesariamente con los procesos del país pero que respondía en gran medida al modo en que éstos afectaban el lugar y la función de los intelectuales tradicionales en una sociedad cada vez más cambiante.² Este ensayo se ocupa de trazar la dinámica interna y las condiciones que posibilitaron la modernización de ese sector letrado sin que abandonaran el proyecto que les daba unidad: la formulación de un discurso de identidad nacional que diera cuenta de lo que el más notable de sus escritores llamara “los puertorriqueños globalmente considerados”.³

En las próximas páginas me he de referir a la composición social de ese sector, sus centros y formas de sociabilidad intelectual, sus instancias de consagración e inclusive su reclamo de legitimidad frente a otros grupos culturales.⁴ Originalmente localizados en la bohemia del café, el taller del periódico y la revista modernista de las primeras décadas de este siglo, se trasladarían gradualmente a la cátedra y a la academia, según el proceso de especialización que experimentaba el resto del país. En ese traslado serían responsables, entre otras cosas, de traducir y reinterpretar la experiencia social, devolviéndola en sus textos en una memoria cultural cuyas nociones y emblemas más significativos dominarían el imaginario social de la comunidad puertorriqueña prácticamente hasta el presente.⁵ Esa ideología cultural

¹ Campo intelectual como lo describe Pierre Bourdieu: “...a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo”. En “Campo intelectual y proyecto creador”, *Problemas del Estructuralismo*. México, Siglo XXI, 1968, p. 135.

² Tradicionales en el sentido que les otorga Antonio Gramsci, en una continuidad cultural y en oposición al intelectual orgánico que emerge paralelo a nuevas formaciones sociales. Ver *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México, Juan Pablos Ed., 1975.

³ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, p. 25.

⁴ Tales como el proyecto cultural obrero o el proyecto cultural de la burguesía antinacional. Ver Ricardo Campos, “Apuntes sobre la expresión cultural obrera” (inédito); Rubén Dávila, *El derribo de las murallas y El Porvenir de Borinquén*. Río Piedras, CEREP, 1983; Gervasio García, *Primeros fermentos de organización obrera en Puerto Rico 1873-1898*. Río Piedras, CEREP, 1983; Angel Quintero, “Socialista y tabaquero: la proletarianización de los artesanos”, *Sin Nombre*, vol. VIII, núm. 4 (marzo 1978), pp. 101-137.

⁵ Imaginario social como lo define Angel Rama: “...valor estructurante y a la vez indicial del grupo o clase”. En “Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica”, *Literatura y praxis en América Latina*. Venezuela, Monte Avila ed., 1974, p. 93.

fue producto, en su momento inicial, de la tensión resultante de los dos polos que disputaron y dividieron la atención del campo letrado: la búsqueda de la modernidad y la articulación de un proyecto nacional que armonizara con esa búsqueda. Tradición y modernidad: la conciliación entre ambos conceptos y prácticas sociales conduciría a ese sector intelectual —aturdido aún por el cambio de soberanía política, y por ende, de proyecto cultural— de la casa letrada a la casa nacional.

El uso emblemático de la casa familiar será precisamente el hilo conductor de esta reflexión sobre el intelectual puertorriqueño en la década del treinta. El emblema se convertiría en una referencia obligada en el discurso de los letrados y sería inseparable de la noción que le es afín y que le otorga su sentido: la idea de la “Gran Familia”.⁶ Ambos tenían una larga tradición en los discursos nacionales latinoamericanos que proliferan durante esa época y ambos adquieren un uso particular en la escritura treintista.⁷ La imagen visual que invoca facilitaba la comprensión de un espacio inclusivo y armónico donde las pequeñas desavenencias y las diferencias particulares se dirimían en la común pertenencia a un sistema mayor que los cobijaba a todos, en este caso la identidad nacional.

En el caso puertorriqueño la casa nacional, como figura de discurso que representa la propuesta letrada al debate nacional, venía precedida por la propia reordenación del campo intelectual. Para ilustrar ese proceso he seleccionado dos textos: el libro de José de Diego Padró, *Luis Palés y su trasmundo poético* (1973), e *Insularismo* (1934) de Antonio S. Pedreira. La selección no es arbitraria. Ambos textos muestran el rostro intelectual de su época, sus voces, sus juicios, y las propuestas y soluciones que los letrados fueron capaces de encontrar a los conflictos que vivían y que medían sus discursos. También son indicadores del paso del entrenós letrado al espacio más extenso y complejo de la nación, el cual estos intelectuales intentaron explicar y digitar con el mismo lenguaje y la misma dinámica con que regían sus casas culturales.

⁶ Sobre el uso del tópico de la “Gran Familia” tanto en el discurso letrado como en su incorporación en el discurso populista ver Arcadio Díaz Quiñones, “Recordando el futuro imaginario”, *Sin Nombre*, vol. XIV, núm. 3 (abril-junio 1984), pp. 16-35.

⁷ La lista abarca desde *La restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas en Argentina, *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos en México, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1925) de Carlos Mariátegui en Perú hasta “Sobre la inquietud cubana” (1930) de Juan Marinello en Cuba. A pesar de la diversidad que implica esa red de textos se identifican unos denominadores comunes tales como la proyección de un tipo nacional por excelencia (ya sea el gaucho, el mestizo o el jibaro), la defensa del territorio o unos valores nacionales frente a la amenaza de la barbarie (ya fuera la inmigración, el imperialismo o el propio avance de la máquina y la tecnología) como también ciertos emblemas unificadores y protectores como fue el uso extensivo de la imagen de la casa nacional.

La casa cultural: Padró, los bohemios, las tardes de café y la voluntad cosmopolita

Comencemos por el principio, cuando aún el impacto del cambio de soberanía estaba siendo asimilado por los intelectuales y cuando aún no se sentía el impacto de la crisis que caracterizaría la década del treinta. Son los años de la experiencia modernista en el orden estético y son los años en que todavía los modos de sociabilidad intelectual se mantenían dentro del marco que los caracterizara desde el siglo XIX. Así, partiendo del libro de Padró y recuperando una de sus imágenes nos trasladamos al interior de una de las zonas de la *intelligentsia* criolla de principios de siglo: los escritores modernistas. Evocando la iniciación de Palés en el grupo de los consagrados, Padró recuerda:

Lo presente a unos amigos que a la sazón se hallaban en el Ateneo... Luego aquellos solemnes posmas se creyeron obligados a endilgarnos unos cuantos adefesios líricos... Logramos por fin desembarazarnos de aquel coro de insulsos ateneístas, salimos al aire libre y nos lanzamos de golpe [a]... las calles adoquinadas del viejo San Juan... Fuimos a dar a la mesa de una tertulia de café que reunía a algunos literatos y periodistas, pertenecientes a la crema de nuestra intelectualidad... Era este grupo intelectual que me ocupa, el que oficiaba entonces en la vieja "Mallorquina" de San Juan, el que cortaba, por así decirlo, el bacalao de la crítica literaria local, y sin cuyo espaldarazo de rigor no podían aspirar los 'nuevos poetas' a seguir el promisorio camino de la fama.⁸

La cita nos devuelve una visión recortada de la dinámica constitutiva de ese grupo cultural que se podría situar en el umbral del intelectual puertorriqueño moderno. Relata una pequeña familia letrada, cerrada y masculina, de caudillos culturales, que consolidados como el centro mismo del campo intelectual, se mantenía aún al margen del proceso más abarcador de modernización que alteraba la faz social y política del país. La cita permite, además, recomponer ese primer momento de organización de lo que llamaremos de ahora en adelante la "casa letrada".

Lo primero que llama la atención es la urgencia en definir el espacio de esa bohemia de escritores, como ellos mismos se llamaron, en oposición a las casas culturales consagradas: las academias e instituciones.⁹ La tertulia de café, los paseos por "...las calles adoquinadas del viejo San Juan" donde

⁸ Luis Palés Matos y su *trasmundo poético*. San Juan, Ediciones Puerto, 1973, pp. 10-11.

⁹ El término bohemia es relativo. Ellos así se pensaron en relación a otros sectores de su mismo campo intelectual. Sin embargo no son equiparables a la bohemia en su sentido más amplio, como expresión de un sector marginal a los centros de poder. Ver J. Seigel, *Bohemian Paris*. New York, Penguin Books, 1986.

parpadean "...como luciérnagas gigantescas, los letreros aéreos de la ciudad empedrados de bombillas eléctricas", figuras que reconocemos como signos inconfundibles de la modernidad urbana, se proponen como espacios alternos, equidistantes al deterioro y anquilosamiento que adjudicaban, simultáneamente, a los centros tradicionales de la alta cultura. Desde esa oposición los "bardos sanjuaneros", posaban distanciados de los "insulsos ateneístas".

En realidad se trataba de una pugna familiar. A fin de cuentas todos estaban emparentados en una misma familia intelectual cuya filiación se filtra en su común pertenencia al dominio de la alta cultura y de la cual no podían prescindir, como mostraría la trayectoria de muchos de ellos. A ella pertenecían, en relación conflictiva, quizás como hijos descarriados, pero hijos al fin.

Sobre este punto el texto de Padró es ejemplar al proporcionar el registro de los que cortaban "...el bacalao de la crítica literaria local, y sin cuyo espaldarazo de rigor no podían aspirar los 'nuevos poetas' a seguir el promisorio camino de la fama". Ajustando el lente se puede rescatar de esos oficiales aquellos que ya se distinguían en cuanto comenzaban a escribir y a escribirse en la historia intelectual y política puertorriqueña. Además de los ya mencionados hay que añadir a Luis Lloréns Torres, Nemesio Canales, Evaristo Ribera Chevremont, Miguel Guerra Mondragón y Luis Muñoz Marín. Aislado de ese conjunto un rostro, como el de Lloréns, se tiene un marco comparativo inmejorable para contrastar con el modelo de intelectual que encontraremos más tarde cuando nos acerquemos a la generación treintista. Lloréns ejemplifica como pocos el rol y la reorganización del lugar del escritor en esa época de grandes cambios y transiciones.¹⁰ Hijo de hacendados venidos a menos y estudiante en Barcelona, centro de la modernidad española, a su regreso ambas experiencias se traducirían, a su vez, en el poeta modernista con aspiraciones cosmopolitas y en el cantor y mitificador de la vida campesina. Poeta y editor de la revista modernista más importante que hemos tenido, *Revista de las Antillas*, ejerció la actividad literaria dentro de los parámetros de la tradición decimonónica: al unísono con la práctica de las profesiones liberales, en este caso la abogacía y la política.¹¹ Desde esa perspectiva múltiple, Lloréns fue, sin duda, el primero de nuestros modernos y el intelectual más conocido de su tiempo. Fue, también, el más irreverente y el más consagrado, celebrado tanto en el café como en las salas del Ateneo. En 1933 el Ateneo y la Universidad de Puerto Rico auspician un homenaje en vida al poeta en el Teatro Municipal, actividad que reúne a toda la familia letrada. Y a su muerte, en 1944, será el Ateneo su capilla ardiente. La palabra

¹⁰ Una lectura crítica de la figura de Lloréns se encuentra en Arcadio Díaz Quiñones, *Luis Lloréns Torres. Antología verso y prosa*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1986.

¹¹ Sobre este tema ver Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en América Latina*. México, FCE, 1978; Angel Rama, *La ciudad letrada*. New Hampshire: Ediciones del Norte, 1984; Julio Ramos, *Martí y la modernidad*. Tesis inédita, Princeton University, 1986.

provocadora, que socavó los buenos modales de su época, se canoniza en pocos años y se devuelve en palabras tranquilizadoras, no ya desde la estridencia alojada en el café público, sino desde el seno privado y purificador de las viejas casonas culturales en cuyas salas adustas se atesoraba la tradición y el buen gusto.

La figura de Lloréns proporciona, también, la guía necesaria para entrar a otros compartimientos de la casa letrada. Me referiré ahora a la composición social de esa juventud vanguardista y su efecto en el sentido y dirección de su práctica literaria. Para trazar ese perfil ideológico que les adjudica un mismo aire de familia se impone recordar brevemente que esos letrados presenciaron la transformación vertiginosa que alteró todos los estilos y patrones de la experiencia social y cultural del país. Desde la reorientación del modelo de producción —de un capitalismo agrario a un capitalismo industrial— y el rol de las corporaciones azucareras y el incremento de la actividad bancaria y financiera en ese giro económico hasta cambios perceptibles en la estructura social, todo parecía estar sujeto al signo de los nuevos tiempos: la modernización:

A pesar de que el status político de Puerto Rico permanecía irresuelto y básicamente inalterado durante los primeros treinta años de hegemonía norteamericana, las condiciones insulares, sociales y económicas cambiaron rápidamente. El gobierno construyó nuevas carreteras, redujo la tasa de mortalidad casi en una tercera parte, y tendió líneas telefónicas y telegráficas por toda la Isla. Altos desembolsos en la educación elevaron el porcentaje de niños en edad escolar en el salón de clases de un abismal ocho por ciento en 1898 a cerca de un 50%.¹²

Esa transformación sería el objeto de reflexión tanto de los intelectuales contemporáneos al cambio como de aquellos que lo contemplarían a distancia. De estos últimos, quizás el juicio de Manrique Cabrera, crítico literario afiliado a la tradición treintista, resume lo que la posteridad heredaría como versión canonizada de ese proceso:

...los años que siguen a nuestro '98 son sencillamente agónicos alma adentro para lo nuestro total. ¿Tabla rasa a la vista? ¿Habrà que borrarlo todo? ¿Qué hacer entonces con esto que ya somos? Estas y otras preguntas de naturaleza

¹² "Although Puerto Rico political status remained unsettled and largely unchanged in the first 30 years of American hegemony, insular, social and economic conditions changed rapidly. The government built new roads, cut the death rate by almost one third, and strung telephone and telegraph lines across the island. Heavy educational expenditure brought the percentage of school age children in classroom from an abysmal eight percent in 1898 to about 50%". Diane Christophulus, "Puerto Rico in the Twentieth Century, a Historical Survey" en *Puerto Rico and the Puerto Ricans*. Ed. by A. López and J. Petras, New York, John Wiley and Sons, 1974, p. 179.

parecida horadaban el hondón de la conciencia isleña en sus más íntimos sentires. Era sencillamente el trauma: el violento desgarré histórico consumado sin la intervención nuestra.¹³

O, como se expresaría en el texto faro de esa generación, *Insularismo*:

Emparedado entre dos tipos de cultura contrapuestas, nuestro pueblo se halla en un correoso período de transición. Pasamos de un Estado católico, tradicional y monárquico, a otro protestante, progresista y democrático; de lo sociológico a lo económico; de lo culto a lo civilizado.¹⁴

Ambos juicios no reflejan necesariamente la complejidad del clima intelectual que caracterizara a la bohemia de las primeras décadas y cuyas pasiones e intereses no coincidirían en su totalidad con aquellas de los treintistas. Aunque existía un ambiente de incertidumbre, éste aún no se asumía como crisis, como ocurriría más tarde. En realidad, y determinado en gran medida tanto por la modernización de la vida social, económica y política del país, como por la estética modernista en boga, se trataba de estar a tono con los nuevos tiempos. No otra cosa parece inferirse de la lectura de *Revista de las Antillas* (1913-1914).

Si las tertulias de café fueron el espacio que propiciaba el intercambio desenfadado y el comentario ingenioso compartidos en familia, en el entrono letrado, éstos se traducirían luego, ya depurados, al periódico y a la revista. Fue en ellas, y particularmente en *Revista de las Antillas*, donde el grupo retratado por Padró encontró el modo de modular, en el campo estético, esa tensión entre tradición y modernidad que señalábamos. Las revistas modernistas que proliferaron en toda América Latina cumplieron esa función.¹⁵ Si, como apunta Walter Benjamin a propósito del fin de siglo europeo, las Exposiciones Universales le proveyeron a la nueva sociedad consumerista un espacio donde las series de nuevos objetos pueden mostrarse, las revistas le dieron a los escritores modernistas un espacio más reducido, pero manejable y familiar, donde la exhibición es lujosa y permanente.¹⁶ En cierto modo a la máquina fabril de la metrópoli que impone nuevos usos sociales los letrados opusieron la máquina de la escritura. Objetos y signos producidos desde los centros ciudadanos para un público que recién inauguraba su apetito consumerista tanto en el aspecto material como cultural, tanto en el consumo de bienes como de imágenes.

¹³ En *Historia de la literatura puertorriqueña*. Nueva York, Las Americas Publishing Co., 1956, p. 159.

¹⁴ Pedreira, *op. cit.*, p. 87.

¹⁵ Un ejemplo notable lo es *Mundial* editada por Rubén Darío desde París.

¹⁶ "Paris, Capital of the Twentieth Century", *Reflections*. New York, Schocken Books, 1971.

Miguel Guerra Mondragón, incluido por de Diego Padró en su lista de oficinantes, resume esa euforia por la modernidad cultural que dominaba *Revista de las Antillas* en los siguientes términos:

Brillante y decisivo —habríamos de responder a quien nos pidiese calificar en dos palabras el movimiento literario de San Juan de Puerto Rico; brillante y decisivo, como nunca fue otro alguno en nuestra ciudad, pese a los que suspiran por un retorno a la ñoñez de antaño... pura misantropía que se apoya en el pasado para mejor zaherir y escarnecer el presente: horror al futuro.¹⁷

E, igualmente se concedía desde las páginas editoriales de esa misma revista la posibilidad de armonizar el destino de los distintos pueblos americanos:

Y si es justo y noble que los pueblos hispanoamericanos defiendan cuanto constituye la esencia de su vida... parece también noble y conveniente que cuanto haya de nuevo y generoso, de trascendental o útil en el pueblo de Washington y Lincoln, sea igualmente conocido por nuestros hermanos de la raza, por los pueblos que consagró el heroísmo de San Martín y Bolívar.¹⁸

Frente al nuevo orden político se asumía, pues, una actitud de crítica cautelosa que en ocasiones se traduciría en declaraciones contradictorias o ambiguas, como en la cita precedente: rechazo al orden colonial, pero celebración a los aspectos modernizadores del cambio. Y era, sin duda la ciudad el centro de actividad de estos letrados quienes intentaban armonizar su voluntad cosmopolita con la estructura tradicional que organizaba todavía el andamiaje de la casa letrada. Por un lado, deseo de renovación, de universalización de la literatura y de ampliación del mercado cultural y literario. Por otro lado, remisión a una tradición cultural que proveyera de identidad a la nación. No el “trauma” que viera Manrique Cabrera, ni el “correoso período de transición” de Pedreira, sino tensión y voluntad resolutive. Uno de los modos en que ese debate se formalizó fue en la oposición campo ciudad, extensión semántica de la oposición matriz tradición modernidad.

¿Quiénes eran estos intelectuales? Hijos de la altura, poetas de la ciudad, soñadores de urbes cosmopolitas. El cruce entre el linaje, la ascendencia familiar, que los ligaba a un pasado inmediato y el presente de su residencia en la capital, centro de la modernidad y la renovación cultural, es representativo de la posición límite en que se encontraban. Las tardes de café oscilaban entre la modernidad que se instalaba en el interior de la casa letrada, urbanizando

¹⁷ *Revista de las Antillas*, vol. III, núm. 4, año 2, p. 80.

¹⁸ *Ibid.*, vol. I, núm. 1, año 1, p. 1.

sus solares y su lenguaje, y el sistema de relaciones culturales que regía sus normas y conducta y que todavía estaba modelado en una concepción del mundo de tipo agrario.¹⁹

Nuevamente el texto de Padró facilita el rastro. Es interesante notar, por ejemplo, el impacto y la aceptación inmediata que tuvo en el seno de esta pequeña familia de escogidos la llegada de un joven poeta de la metrópoli, Luis Muñoz Marín:

...Muñoz Marín nos inició literariamente a mí y a Palés en el conocimiento de varios de los poetas norteamericanos que estaban entonces en el candelero. Vachel Lindsay, Edgar Lee Masters, Robert L. Frost, Edwin Markham, etc. De estos elegidos de las musas, Muñoz sabíase de memoria algunos trabajos poéticos, los cuales declamaba, en plena ruralía borinqueña, con una copetuda y presuntiva pronunciación bostoniana.²⁰

La cita ilustra, aunque a la inversa, el cruce cultural que caracterizó el movimiento de desplazamiento físico finisecular, no ya del sector letrado, sino de toda la comunidad nacional. Tanto Lloréns, como Canales y Muñoz, entre otros, participan de esa trayectoria de la montaña a la costa, y en ocasiones a la metrópoli, como denuncia esa declamación “en plena ruralía borinqueña, con una copetuda y presuntiva pronunciación bostoniana”. Hijos de hacendados, de esas “viejas familias” de tierra adentro, se educan en la capital o en otros centros urbanos y se distancian cada vez más de la cultura que generó la hacienda.²¹ La cultura del litoral sustituye a los días de gallera, a las fiestas de acabe, a los rosarios de cruz, los velorios y otras fiestas campesinas. O, como parece sugerir Fernando Picó, ese mundo se convierte en evocación mediada por las luces de la ciudad:

...donde el sensible criollo acomodado podía encontrar resonancias y engastes para su propia creatividad. Así Nemesio Canales, hijo de un pequeño propietario jayuyano, podía añorar la vida sosegada de su barrio latino, sin dejar de ser por eso menos cosmopolita.²²

¹⁹ Esa tensión es otra constante de los discursos culturalistas latinoamericanos de la época. En Argentina, por ejemplo, Ezequiel Martínez Estrada advertía: “...las mismas prensas imprimen literatura y billetes de banco. La consigna es simple: hay que demoler las viejas casonas solariegas y construir edificios suntuosos, ensanchar las calles, poblar las plazas de monumentos, tapizar las oficinas públicas, convertir la Gran Aldea en Cosmópolis, cambiarle también el alma a la nación... El lenguaje que se habla y escribe también se urbaniza. Lo que se piensa igualmente está urbanizado”. En Ezequiel Martínez Estrada, *Para una revisión de las letras argentinas*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1967.

²⁰ Padró, *op. cit.*, p. 23.

²¹ El concepto viejas familias es problemático. ¿Quiénes son estas viejas familias? La reconstrucción que hace Fernando Picó a partir del caso de Utuado revela una serie de desplazamientos graduales donde los criollos —hateros y estancieros— son reemplazados por inmigrantes en el siglo XIX, en su mayoría catalanes y mallorquines. Ver *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1979.

²² *Ibid.*, p. 170.

Esa tensión será resuelta poéticamente de diversos modos y en ese proceso los letrados fabularon su mundo de evocación. Un mundo donde la imagen familiar de la hacienda va a ir fijando progresivamente su presencia como un modelo de convivencia armónica sobreimpuesto a la experiencia cotidiana de la ciudad, sede de la casa letrada. Una figura que se repite obsesivamente en sus textos y que ilustra la yuxtaposición de órdenes sociales distintos es el encuentro y disposición de los objetos en la composición letrada. Veamos dos ejemplos.

Retomando la descripción que hace Padró de las calles sanjuaneras, testigos mudos del trasiego de esa bohemia de escritores, resulta llamativo el montaje de la imagen. Padró nos habla de “los letreros aéreos de la ciudad empedrados de bombillas eléctricas” que “como luciérnagas gigantescas” parpadean sobre “las calles adoquinadas del Viejo San Juan”. El encuentro se produce, entonces, entre la modernidad del sistema de alumbrado y su colocación sobre las piedras de esa vieja ciudad, símbolo visible del peso de la tradición.

En otros casos el efecto es distinto y lo que produce es el desfase, una cierta desestabilización entre estos órdenes que atravesando la referencia social se han constituido en espacios discursivos, como comprobamos con la cita de Padró. En un cuento como “Mi señoría, el boticario de mi pueblo”, incluido en la antología de Emilio S. Belaval *Cuentos de la Universidad*, colección cuya lectura amplía la radiografía del ambiente intelectual que hemos trazado, la entrada de los objetos pueblerinos al orden ciudadano provoca un efecto de desajuste e incomodidad:

Sentado en su baúl arbitrario, armado de un cuadro auténtico que se había traído de su pueblo para consuelo de murrias municipales, era el glosador festivo de toda la vida universitaria.²³

El orden de la ciudad impone sus propias leyes sobre esos objetos que observamos desencajados de su lugar y de su función habitual. El “baúl arbitrario”, traído del pueblo, se mantiene cerrado, inhóspito a su nueva colocación, y reducido a mero sillón. Lejos de convocar la imagen plácida y armoniosa, que se le adjudicó insistentemente a la sociedad rural, estos objetos son la antesala para el desorden y el ritmo vertiginoso urbano que impone su dinámica sobre esos restos pueblerinos:

Por una letrilla apicarada que le hizo a los senos de Bebé Pacheco, hubo que cambiar un régimen. Menos mal que aquellos generosos, tuvieron la miseri-

²³ En Emilio S. Belaval, *Cuentos de la Universidad*. San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1944, p. 68.

cordia sensual de armar tal revuelo, que por primera vez se toparon las narices de los estudiantes en una misma esquina.²⁴

La ciudad volvía a ser, una y otra vez, el centro de actividad de estos letrados. Desde ahí los años siguientes verán la proliferación de grupos, revistas y movimientos literarios.²⁵ Desde ahí se experimenta con la vanguardia, se ensayan otros campos de acción y, sin perder contacto con la bohemia, los letrados se desplazan a otras zonas de actividad.²⁶

Mientras se dispersan sus intelectuales el país se enfrenta cada vez más a la crisis económica y política. Restablecer el orden se vuelve un imperativo tanto para el campo letrado como para el político. Es en ese momento en que se emprende el viaje intelectual conducente hacia la seguridad del pasado a través de los arquetipos de la nacionalidad. Terminada la aventura modernista los letrados echan anclas en ese mito protector y aislante y se preparan a recoger velas. La casa letrada abre entonces sus puertas y se dispone a extender sus límites para convertirse en custodia y conciencia de la casa nacional. A finales de la década del veinte, y justo en el ojo de la tormenta, se publica *Indice, Mensuario de Historia, Literatura, Arte y Ciencia (1927-29)*, revista que aglutina al grupo de escritores que se conocerían como los treintistas. Pocos años más tarde, en 1934, Antonio S. Pedreira, editorialista principal del *Mensuario*, publicaría su ensayo de interpretación nacional, *Insularismo*.

La casa nacional: Los profesionales, las instituciones y la memoria cultural

Para la década del treinta la casa letrada presenta una composición y una dinámica que difiere significativamente de aquella que describiera Padró. Una nueva configuración social y una división del trabajo encaminada cada vez más a la especialización deja sus marcas en el campo intelectual puertorriqueño. Sus protagonistas no serían ya los bohemios de café que compartían el ejercicio de las profesiones liberales con la práctica literaria. Ahora se trata de literatos profesionales y educados como tales. Profesores universitarios, en su gran mayoría, sus centros de reunión lo serán la cátedra y las academias,

²⁴ *Ibid.*, p. 68.

²⁵ Del 1913 al 1929 se registran varios movimientos de vanguardia, entre ellos: el Panca-lismo (1913), el Diepalismo (1921), el Vanguardismo (1924), el Noísmo (1925) y el Atalayismo (1929). Ver Vicente Géigel Polanco, *Los ismos en la década del veinte*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969; Luis Hernández Aquino, *El Modernismo en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones de la Torre, 1966.

²⁶ Ese sería el caso de Luis Muñoz Marín y la estrecha relación que mantuvo con el sector letrado que abandonó por otro que le otorgaría la fama y el poder que el primero no le concedió.

constituidas ahora en el espacio privilegiado de elaboración e irradiación tanto de su propuesta estética como nacional.²⁷

Estamos también frente a otro orden social donde la euforia ante el cambio y la modernización del país se disipaba ante la crisis general que azotaba la sociedad puertorriqueña. Era un período de agudos conflictos sociales y políticos. También lo fue de una búsqueda de legitimación de varios focos de poder. Se había producido un agotamiento de la estructura económica y política implantada de acuerdo a las necesidades y estructuración propias del capital norteamericano a raíz de la ocupación de 1898.²⁸ Sin embargo, un nuevo modelo de acumulación y reproducción de capital capaz de conjurar la crisis que se avecinaba aún no había sido articulado. Por otro lado, la intervención y rediseño de la política de los sectores internos mostraban un panorama sumamente complejo de pugnas, alianzas y disoluciones que afectaban profundamente la vida nacional.

En el orden económico la depresión de 1929 había afectado severamente el modelo de acumulación que dependía mayormente de la exportación agraria. Este proceso ya se vislumbraba años antes, sintiéndose sus efectos sobre todo en el renglón del café y del tabaco.²⁹ La crisis era la orden del día generando una atmósfera de caos e incertidumbre y las protestas se sucedían unas a las otras como lo muestra un telegrama enviado al presidente Roosevelt por un grupo de terratenientes en 1933:

Predomina la anarquía. Los pueblos están en estado de sitio. Los ciudadanos no pueden salir de sus hogares. La policía es impotente. El comercio se ha paralizado.³⁰

En la metrópoli la depresión también significó una crisis económica y política. Se hace necesario adoptar la política del Nuevo Trato y reestructurar

²⁷ Por supuesto, el ejemplo más notable es el de Pedreira. Educado tanto en la Universidad de Columbia bajo la dirección de Federico de Onís como posteriormente en España, su vida es indisoluble del ejercicio de las letras, ya fuera como maestro, escritor o investigador. La época de Lloréns como modelo intelectual había pasado.

²⁸ Por ejemplo, la concentración de la propiedad por las corporaciones azucareras se vuelve un issue divisorio. Según Juan Angel Silén, para la década del veinte cuatro corporaciones azucareras controlan el 59% de la producción total del azúcar y el 40% de la fuerza agrícola. En *Historia de la nación puertorriqueña*. Río Piedras, Editorial Edil, 1973, p. 188. Por otro lado, el poder decisonal se concentra en la metrópoli disminuyendo significativamente el rol que habían desempeñado los municipios hasta ese momento.

²⁹ Estos sectores productivos de capital fundamentalmente criollo fueron profundamente afectados por la crisis económica. El valor de las exportaciones de café entre 1931-34 fue un 90% más bajo que entre 1925-29. Cfr. A. Quintero, "Economía y política en Puerto Rico". Ensayo presentado en el seminario "New Approaches to Puerto Rican History", Lehman College of the City University of New York, 1 y 2 de abril de 1982, mimeografiado. La producción de tabaco no tendría mejor destino siendo el azúcar la menos afectada por la Depresión.

³⁰ Citado en Silén, *op. cit.*, p. 203.

el aparato estatal. Además, cada vez cobraba mayor fuerza la idea de que para conservar el estado colonial tendrían que ocurrir cambios. Como estrategia de permanencia se adopta una política dual de represión abierta y concesiones reformistas para Puerto Rico.³¹

Por otro lado la gran inestabilidad registrada en los patrones tradicionales de composición social contribuyeron a profundizar la crisis. Esto se muestra sobre todo en el surgimiento de nuevos grupos sociales y en la realineación de los ya existentes. Las palabras de Rosendo Matienzo Cintrón, uno de los intelectuales que los treintistas recuperan preferentemente, resume la amenaza que se cernía sobre los otrora “hijos de familia”: “Abuelo: hacendado; padre: médico; hijo: jornalero”.³² La advertencia no podía ser más clara: de la tenencia de tierras, a la profesionalización, a un futuro de proletarización que había que detener a toda costa.

En el campo de las fuerzas políticas se produce, también, una reestructuración. Todavía hasta los años treinta era observable una demarcación estable en la composición de los partidos políticos. Pero hacia finales de la década el panorama es otro.³³ Los cambios resultantes del nuevo pacto colonial y de la crisis económica habían afectado todos los rincones de la comunidad nacional. No solamente los proyectos ideológicos de los sectores dominantes habían sido desacreditados, sino que, además, un segmento sustancial de la población había sido desclasada, desplazada de su posición en el sistema productivo.³⁴

La sociedad puertorriqueña asumía un nuevo rostro cuya identidad apenas se precisaba. Ni las organizaciones ni los partidos tradicionales tanto de la clase dominante como de la clase obrera podían reclamar una posición hegemónica porque ninguno era capaz de responder y garantizar la inclusión y participación de los otros sectores en pugna, mucho menos aún asegurar su sobrevivencia.

³¹ En 1934 se crea la Puerto Rican Reconstruction Administration (PRRA). En 1935 el mayor general Blanton Winship fue designado gobernador en la Isla. Su objetivo: detener el avance de la oposición al dominio norteamericano en la Isla que desembocaría más tarde en los actos nacionalistas.

³² Citado en Manuel Maldonado Denis, “El nacionalismo en Puerto Rico: Una aproximación crítica”, *Historia y sociedad, Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México, núm. 13 (1977), p. 57.

³³ Por ejemplo el cruce de líneas partidistas. De acuerdo a Juan José Baldrich “...the political crisis that occurred between 1936 and 1944 has been the largest in the century in many ways. Over 20 percent of the legislators elected in 1936 switched political parties before the end of their terms”. *Class and the State: The Origins of Populism in Puerto Rico, 1934-1952*. Tesis inédita, Yale University, 1981, p. 224.

³⁴ A. Quintero destaca dos vertientes en la formación de la clase obrera de principios de siglo: “...la transformación de agregado y campesino de pequeña tenencia a proletario, o la formación de un proletariado rural en el establecimiento y hegemonía de la economía capitalista de plantaciones azucareras, y de la transformación de los trabajadores urbanos —de artesano a proletario— principalmente en el desarrollo de los grandes centros de elaboración de tabaco”. “Socialista y tabaquero...”, p. 2.

La clase dominante, que nos interesa particularmente por ser el origen social del sector letrado tradicional, estaba fraccionada y desgastada. Por un lado estaban los dueños de las grandes plantaciones de caña, tanto locales como absentistas, pero en su mayoría de capital norteamericano. Por otro lado estaban los hacendados, los cuales, reconociendo la pérdida de su base económica, se habían visto obligados a ceder la hegemonía política a los dueños de las plantaciones en espera de un momento más propicio para su proyecto cultural y político. En ese panorama no es sorprendente, pues, que los pactos se conviertan en la estrategia del momento. Por ejemplo, desde 1924 los hacendados no tuvieron más remedio que entrar en una serie de alianzas con el Partido Republicano, órgano político del capital monopolista que se concentraba mayormente en el cultivo de la caña. Ambos se enfrentaban a un peligro mayor capaz de borrar, o al menos disminuir, sus divergencias internas de clase. El proletariado social y urbano avanzaba su proyecto social y político, sobre todo a partir de la fundación del Partido Socialista en 1915. En el 1929 esa alianza llegaría a su fin. Ahora son los republicanos los que negocian con el Partido Socialista. El objetivo: aplastar a los hacendados que se habían quedado aislados en el Partido Liberal. A finales de 1940 este partido había desaparecido, sobre todo con la creación del Partido Popular Democrático, y con él la proyección nacional de esa fracción de clase como fuerza política. Sin embargo, esto no implica su desaparición del mapa social. De acuerdo a J.J. Baldrich: "...they seemed to have retreated to the local and regional level where they reportedly remained powerful..."³⁵

Más importante aún, para los propósitos que persigue este ensayo, es el hecho de que muchos de sus rasgos ideológicos e intereses fueron incorporados por el sector urbano. Compuesto mayoritariamente por profesionales, intelectuales, maestros y otros sectores medios, ese sector, o al menos su capa dirigente, nutre su visión de mundo de las ideas y valores de los descendientes de hacendados arruinados o de estratos inferiores del mundo de hacienda. Es aquí donde ubicamos a los letrados que se conocerían como la generación del treinta y para los cuales el modelo de las "viejas familias", desempeñaría un papel fundamental. Este sector todavía se visualizaba en el rol paternal que dicho modelo viabilizaba y para ellos el recorte de su antigua posición hegemónica era percibido como una acometida contra una zona poseída por derecho natural. En ese sentido se explica, tal como se refleja en las acciones y los escritos de esa fracción, cómo su proyecto nacional no era la adquisición de una posición de predominancia como lo era efectivamente el de otros grupos alternativos. La tarea histórica que se asignaban era la readquisición de esa posición, que ellos entendían sus padres habían perdido. En esa encrucijada la modernización y la profesionalización se vieron como formas

³⁵ Baldrich, *op. cit.*, p. 161.

imprescindibles para mantener lo que estos intelectuales afirmaban como un derecho tradicional: su rol hegemónico.

La figura de la alianza invade igualmente el campo intelectual. Los antagonismos visibles de la “Gran Familia” debían ser superados y las diferencias eliminadas. La tarea no era de oposición, sino de dirigencia. Era necesario asumir nuevamente la conducción del proceso nacional y modernizar simultáneamente las estructuras tradicionales que ahogaban tanto al país como a los nuevos letrados.³⁶ Como se expresaría en la revista que sería el punto de aglutinamiento y proyección de ese sector, *Índice*:

Vamos a definir concretamente nuestra situación, a orientar nuestra vida, en sus aspectos sociales y económicos, en un paralelismo práctico *que nos permita conservar lo que tenemos y recuperar lo que perdimos*. Y que la trayectoria de nuestra orientación sea convergente con los intereses de la dominación colonial en el reconocimiento de nuestros derechos y en la reintegración de nuestra hacienda, y divergente siempre que se obstruya, o se limite, el ejercicio de nuestra libertad, o se lesione nuestra dignidad.³⁷ [subrayado mío]

Esa voluntad resolutive se traduciría en un discurso cultural que, paradójicamente, haría de la tradición su base de inserción y legitimación en el proceso modernizador. Frente a las nuevas tareas las tardes de café pierden su atractivo y los letrados cierran filas. Ha llegado la hora de sacar el álbum familiar y de unir a todos sus miembros en el reconocimiento de viejos gestos y gestas. La hora de preparar un lugar de reencuentro que borrara las desavenencias y activara los viejos lazos. Es hora de reorganizar la casa, no pensando en su clausura sino anticipando su reapertura, acción que permitirá a los intelectuales relocalizarse en un mundo cada vez más marcado por la especialización. En ese gesto, disociable de un discurso que proponga una noción de identidad nacional que uniforme el “alma” del conjunto nacional, pero que al mismo tiempo mantenga un sistema de deferencias sociales, se ha de intensificar el uso del emblema que he destacado como hilo conductor de este ensayo. Insertada en el centro de la práctica discursiva la casa familiar unifica la propuesta letrada.

³⁶ Ese sector educado, originado o al menos auspiciado por la vieja clase adinerada, se va diferenciando y adquiriendo características propias, más cerca a lo que Alvin Gouldner llama burguesía cultural. Según Gouldner los mecanismos de poder de esta clase descansan en el prestigio y la autoridad y su capital no es el dinero sino los valores culturales. Por otro lado se distinguen en que hacen del profesionalismo su ideología pública: “Professionalism silently installed the New Class as the paradigm of virtuous and legitimate authority, performing the technical skills and with dedicated concern for the society-at-large”. *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*. New York, Seabury Press, 1971, p. 11.

³⁷ Miguel Meléndez Muñoz, “Renovación y asociación”, *Índice, Mensuario de historia, literatura y ciencia*. Ed. facsimilar, prólogo de V. Géigel Polanco. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1979, p. 351.

En ese proyecto lo primero que advertimos es una reorientación del proyecto intelectual. No se trata ahora de modernizar la producción cultural como se proponía desde la estridencia del café y el lujo de las revistas modernistas, sino de modernizar el lugar mismo del intelectual, de insertarse nuevamente en el centro del debate nacional, de volver "...poco a poco a su costumbre tradicional de intervenir en los negocios públicos" como reclamara Henríquez Ureña hablando de la *intelligentsia* latinoamericana de la época.³⁸ Sólo que como advirtiera el propio Henríquez Ureña:

...ahora sabían que no tenían probabilidades de ser elegidos como jefes: su principal función fué la discusión y difusión de las doctrinas políticas, y con no poca frecuencia, el examen de sus fundamentos políticos.³⁹

Este proceso requería como estrategia inicial retomar el control de la casa, modulando las disidencias y uniformando la voz letrada. Significativamente es también desde las páginas de una revista, *Indice*, que se dictan las pautas encaminadas a ese fin. En su primer editorial se lee:

Llega en plan de ceñir su ideación a ponderadas normas, manteniéndose al margen del teratismo militante, aunque simpatizante con todas las palpitaciones del ambiente, escuchadora de todas las voces, vigilante, atalayante receptor.⁴⁰

La voz letrada se unifica y adquiere un tono normativo, regulador. Se postula como una voz crítica y desinteresada que desde el reino no contaminado de la cultura es capaz de convertirse en la conciencia de su sociedad y detener, o al menos alertar, lo que se llamó insistentemente, y cito nuevamente de *Indice*, la "inminente disolución nacional".⁴¹ Desde el interior de la casa letrada, desde esa voz autorizada y autoritaria, de sus agentes e instituciones, se han de difundir los mitos de la nacionalidad que proveerían una identidad común a lo que un joven narrador puertorriqueño, Edgardo Rodríguez Juliá, llamaría décadas más tarde el "país de muchas tribus".

Esa vuelta a los negocios públicos, fue, a su vez, correlativa a la vuelta al antiguo hogar, a las viejas casas de la cultura. Desde *Indice* se celebra la

³⁸ En Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias de América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 191.

³⁹ *Ibid.*, p. 191.

⁴⁰ "Cartel", *Indice*, p. 1.

⁴¹ Como ha demostrado Gramsci los intelectuales tradicionales se presentan precedidos y prestigiados como guardianes del capital cultural, depósito de los valores y de la conciencia de una sociedad. Desde ese sitio proclaman su "desinterés" y su derecho a hablar "...como si fuera representante de la intacta naturaleza o de un superior estadio histórico; sin embargo, él mismo participa necesariamente de esa entidad por encima de la cual se siente egreeramente levantado". En Theodor Adorno, *Crítica, cultura y sociedad*. Barcelona, Ariel, 1973, p. 205.



MENSUARIO DE CULTURA

AÑO II

San Juan, Puerto Rico, a 13 de julio de 1930

NUM. 16

DIRECTORES:

ANTONIO S. PEDREIRA
VICENTE GEIGEL-POLANCO
SAMUEL R. QUIÑONES

C A R T E L

DE LUIS PALES MATOS:—

ELEGIA DEL DUQUE DE LA MERMELADA.
BOMBO.

DE NICOLAS GAMOLIN:—

EL ESTETA.

DE SAMUEL R. QUIÑONES:—

LA EMOCION DEL RECONOCIMIENTO EN
LA LITERATURA GRIEGA.

DE GRACIANY MIRANDA ARCHILLA:—

NOCTURNOS A UNA ESTATUA.

DE JUAN ANTONIO CORRETJER:—

MOTIN.

DE JOSE CARLOS MARIATEGUI:-

ARTE, REVOLUCION, DECADENCIA.

revitalización del Ateneo, “la vieja casa solariega de la cultura patria” y se interviene en la disputa sobre el nombramiento de la presidencia de la Universidad, “esa institución que es nuestra alma”. Ahí se apertrechan los letrados y desde ahí saldrá el texto que, sin duda, cristaliza la propuesta letrada y formaliza el sistema de imágenes que la acompañarán: *Insularismo*. Es aquí, además, donde el emblema que hemos venido desarrollando adquirirá su última y más importante ampliación semántica: de la familia tradicional a la familia cultural a la familia social, del entrenós letrado a los mitos nacionales.

Sin lugar a dudas la imagen era perfecta. Era el molde justo para la postulación de una noción de identidad nacional basada en la recuperación y activación de un sistema de normas y valores tradicionales, entre los que se destacaron el hispanismo, el catolicismo, la pureza de la lengua y la necesidad de la jerarquización social. La casa se percibe como el depósito de la tradición, el espacio propicio para modular el cambio y asegurar la permanencia, y sobre todo el modo más efectivo para asegurar la transmisión de un legado. Es además un espacio compartimentado, pero a la vez subordinado a un orden jerárquico que se ejerce desde la presencia de una figura patriarcal, como figura de orden, y el contrapeso que ofrece la madre amorosa y los hijos dependientes. De ahí que se facilite la identificación que extenderá la idea de la familia patriarcal, como paradigma natural y legítimo de la vida social, a la idea de la nación. De esa manera se viabiliza la permanencia de relaciones sociales y culturales tradicionales en un momento de cambio acelerado, familiarizando el proceso de modernización y disminuyendo la tensión existente entre ambos polos, hasta lograr lo que la generación anterior había intentado a través de la estética modernista.

Por otro lado, la casa familiar se oponía al fantasma de lo urbano y su diversidad social y cultural. Frente a lo urbano, que en el discurso letrado se representó insistentemente como el lugar de lo heterogéneo, de lo múltiple, de la dispersión —en fin, del desorden—, el sistema de convenciones familiares se erige como un factor de orden, de contención.

De ese sistema de asociaciones *Insularismo* ofrece un modelo inmejorable. El texto comienza fundando la ilusión de un gabinete de lectura donde la voz magistral se rodea de la “juventud dorada”, público virtual a quien va dirigido su discurso.⁴² Desde ahí, desde esa falsa oralidad, va montando la biblioteca puertorriqueña, un archivo letrado de la historia y la literatura nacional, cuyo catálogo fundacional tendrá como punto de origen *El Gibaro* de Manuel Alonso y la labor de los autonomistas y abolicionistas. En ambos casos se trata de las gestas del pensamiento liberal criollo decimonónico. Esas

⁴² La estrategia es común a los discursos culturalistas de la época y un posible modelo se puede encontrar en el *Ariel* de Enrique Rodó publicado en 1900.

han de ser las referencias obligadas de la memoria cultural, que inaugurada a partir de esa genealogía cultural, provee un pasado ejemplar a este "...país sin epopeyas, sin hondas gestas heroicas, sin gruesas manifestaciones históricas".⁴³ Desde el espacio privado del gabinete ilustrado se parte entonces a la descripción de la comunidad nacional que, como "nave al garete" ha perdido la memoria de ese pasado, y que precisa su restitución para "enderezar su rumbo". El paso por la casa cultural precede, y legitima, entonces, el traslado a la casa nacional, al espacio público, destino último de la privada y "desinteresada meditación".

Es la coincidencia en el uso del lenguaje y los espacios familiares la que posibilita la homología entre la casa cultural y la casa nacional. Ambas se presentan como un espacio de cohesión interna ante el exterior amenazante, como un espacio que desafía la desintegración y promueve la armonía, como la reserva moral del país. Por eso no sorprende que sea la época dorada de la hacienda cafetalera decimonónica, lejana y periférica a la realidad urbana de la hora, lo que pase a ser el epítome de la puertorriqueñidad en el discurso cultural treintista.

La analogía auspicia también el cruce semántico en la medida en que ambas se ven como depósitos de la tradición. La "vieja casa solariega de la cultura patria" asume el peso de la tierra, y la hacienda asume el peso de la cultura que, según Pedreira, tenía "...en el pasado cuando la tierra era plural y cobraba su mejor expresión entre el paréntesis que formaban el estanciero y el poeta".⁴⁴

Pero *Insularismo* no sólo se limita al montaje. También nos proporciona el catálogo de sus habitantes y el sistema de sus relaciones familiares. ¿Quiénes ocupan la casa? Un patriciado criollo recuperado como una figura de orden y acción "...de ellos, solamente de ellos, ha de partir algún día nuestra emancipación". Y dos figuras subordinadas a ese centro. Una "muchedumbre dócil y pacífica", un pueblo "ajeno a la violencia y cortésmente pacífico como nuestro paisaje",⁴⁵ al cual, previamente, se ha desarticulado y privado de su voz, y, como se afirmó desde las páginas de *Indice*, "¿Qué motiva este triste espectáculo de pueblo que no sabe lo que piensa ni lo que siente ni dice lo que quiere?"⁴⁶ Estos son los hijos de esa casa patriarcal de la cual se han borrado todas las marcas de la violencia y la explotación que serán siempre ejercidas desde el exterior, desde fuera de los parámetros de la gran familia. Junto a esos hijos también aparece la figura femenina identificada con la tierra y por extensión a la nación y a las ideas de génesis y violación. En *Insularismo* el paisaje es "...tierno, blando, muelle, cristalino... femenino"⁴⁷ y sujeto a ser

⁴³ Pedreira, *op. cit.*, p. 64.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 45.

⁴⁵ *Loc. cit.*

⁴⁶ En "La desorientación política", *Indice*, p. 267.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 48.

devorado por el cañaveral, una figura que asume consistentemente marcas masculinas en el texto. Identificado con el capital azucarero y norteamericano, el cañaveral varía y agrede lo que se pensó inmutable y eterno: los elementos constitutivos del paisaje y el rumbo de la historia. La urbanización de lo real se vuelve ahora, para los Treintistas, una presencia perturbadora que destruye la fisonomía de la casa familiar, "...ante su empuje van desapareciendo los bohíos, como desaparecieron los pantanos, las haciendas, los ingenios... y el camino real".⁴⁸

Frente a esa amenaza la voz letrada se fortalece y le ofrece a la nación una historia y un destino. Las páginas del álbum familiar se van colmando de héroes y gestos interrumpidos que sus herederos, los criollos del presente, deben culminar. La voz magisterial que inauguraba *Insularismo* asume su verdadera vocación en la voz programática que cierra el texto. Si la construcción de una memoria cultural, cuyo centro era la postulación de un modelo agrario de convivencia, había llenado el vacío de la historia, ahora se aspira llenar el vacío del porvenir con un programa, igualmente conciliatorio, pero ahora sí inequívocamente urbano.

Hacia la década del cuarenta y con el triunfo del proyecto reformista y su retórica populista la ideología cultural fabulada desde la casa letrada se cristalizaría en la memoria cultural que heredarían generaciones de puertorriqueños. Congelada casi y desprovista de muchos de los aspectos contestatarios que la marcaron en su momento de emergencia estará presente en la escritura eufemista y apocalíptica de René Marqués justo en los años de expansión del modelo desarrollista. Maltrecha, pero aún de pie, sufrirá los embates de las luchas políticas y culturales de la tumultuosa década del setenta. Es tarea de los investigadores del presente volver la mirada y acercarnos nuevamente a aquellos intelectuales que, atrapados entre la historia que fabulaban y la que les tocó vivir, se asemejan al ojo de la tormenta del tiempo en el que inscribieron su historia. Quizás las palabras de Benjamín, un intelectual que les fue cercano en su tiempo aunque lejano espacialmente, ilustren mejor la difícil disyuntiva que delimitó el mundo de aquellos letrados:

This is how one pictures the angel of history. His face is turned towards the past. Where we perceive a chain of events, he sees one single catastrophe which keeps piling wreckage upon wreckage and hurls it in front of his feet. The angel would like to stay, awaken the dead, and made whole what has been smashed. But a storm is blowing from Paradise; it has got caught in his wings with such violence that the angel can no longer close them. This storm irresistibly propels him into the future to which his back is turned... This storm is what we called progress.⁴⁹

⁴⁸ *Loc. cit.*

⁴⁹ W. Benjamin, "Theses on the philosophy of history", en *Illuminations*. New York, Schocken Books, 1969, pp. 257-258.